

COLECCION CIENCIAS SOCIALES

Novedades

- Alayón, Norberto. *Historia del Trabajo Social en la Argentina*
Alayón, Norberto. **Niños y Adolescentes. Hacia la reconstrucción de derechos*
Ander-Egg, Ezequiel. **Métodos del Trabajo Social*
Balestena, Eduardo. *Lo Institucional - Paradigma y Transgresión*
Barreix, J. - Castillejos, S. **Metodol. y Método en Trabajo Social*
Bernler, G. y Johnsson, L. **Teoría para el Trabajo Psicosocial*
Calarco, Mario. *Trabajo Social y Gerenciamiento Social*
CEDYEP, Vs. Autores. **Por qué lo privado no se hace público. Investig. participativa. Mujeres de sectores populares*
Conde, S. - Leal, M. - Schmunks, S. **Salud comunitaria*
Chadi, Mónica. *Integración del Servicio Social y el enfoque sistémico-relacional*
De Tommaso, Antonio. **Mediación y Trabajo Social*
Diéguez, Alberto y equipo. **Promoción Social Comunitaria*
Diéguez, A. - Dell'Anno, A. - Cao, J. **Identidad profesional y Trabajo Social. Creencias en Cs. Sociales*
Eroles, Carlos (Comp). *Los derechos humanos - Compromiso ético del Trabajo Social*
Fauats. *La especificidad del Trabajo Social - Formación Profesional*
Fernández, Arturo. *Flexibilización Laboral y Crisis del Sindicalismo*
Grassi, Estela. *Las cosas del Poder - Estado - Política - Vida cotidiana*
Kirchner, Alicia. *La gestión social de los saberes sociales - Algo más que gerencia social.*
Komblit, Ana Lía (Comp.). *SIDA y sociedad*
Mendicoa, G. y equipo. **Manual Teórico-Práctico de Investigación Social - Apuntes preliminares*
Mendicoa, G. - Krmpotic C. *Modernización y Democracia. Su impacto en las condiciones de vida*
Mendicoa, Gloria. **La planificación de las políticas sociales*
Parola, Ruth. *Aportes al saber específico del Trabajo Social*
Rodríguez Kauth, Angel. *Lecturas y estudios de psicología social crítica*
Rodríguez Kauth, Angel. **El discurso político - La caída del pensamiento*
Rozas, Margarita. **Una perspectiva teórica - metodológica - Intervención en el Trabajo Social*
Varios Autores. *Gerencia Social y Trabajo Social (Jornadas nacionales)*
Varios Autores. **Salud y población - cuestiones sociales pendientes*

Alberto José Diéguez
María Alejandra Rascio
Eduardo Balestena
José Luis Cao
Valeria Karina Di Loreto
Amelia Dell'Anno
María Cristina de los Reyes
Juan Barreix

Promoción Social Comunitaria

GRUPO DE INVESTIGACIÓN
"PROMOCIÓN Y DESARROLLO DE COMUNIDADES"
de la
Universidad Nacional de Mar del Plata

ESPACIO
EDITORIAL
Buenos Aires

COMUNIDAD

La articulación de los universos simbólicos

Eduardo Balestena

El lugar de visión de lo simbólico

Si pensamos a lo simbólico como un orbe de percepción y significación construido desde un lugar social, que implica la visión desde ese lugar, su historia y enclave, nuestro acto de ver siempre se encontrará implicado por nuestro propio orden simbólico, dador de sentido a lo que observamos. Lo simbólico, así, resulta productor de sentido común y naturaliza un espacio de realidad. Naturaliza la visión y naturaliza las relaciones con lo otro y los resultados de la visión.

Producimos relaciones desde relaciones y producimos una índole de relaciones y no otras y encontramos sentido en lo que producimos y en lo que percibimos: "Aludimos a 'visiones' en el sentido en el que lo hace Hintze (1989) como a una 'interpretación de la situación condicionada por el lugar del observador en el medio. Esto define la perspectiva desde la cual se ven ciertas cosas e incluso el campo de las

preferencias (cuáles son ciertas y cuáles no). Son construcciones fundamentalmente ideológicas y preanalíticas y, como es obvio, no necesariamente falsas, en cuya elaboración interviene la posición política y también aspectos culturales" (Las Cosas del Poder. Acerca del Estado, la Política y la Vida Cotidiana. Estela Grassi, coordinadora. Espacio Editorial, 1996).

Las visiones, siguiendo esta idea, son representaciones acerca de lo otro, los sectores sociales distintos, visiones atravesadas por prácticas, cuotas de poder informal, selecciones de los dispositivos institucionales, y más que nada o antes que nada, por la propia idea acerca de lo social. "Subyace a tales visiones una noción de 'cultura' que la define como conjuntos de pautas, costumbres, etc. en las que el individuo 'se socializa' (se le imponen) y que reitera en sus prácticas a lo largo de su vida. Así interpretados, estos conjuntos constituyen 'universos' que cobran autonomía y son la fuente a partir de la cual puede construirse un 'sujeto portador' de códigos que se supone, son esencialmente distintos y eventualmente incompatibles con los de la cultura urbana moderna" (Op. cit., pág. 18). Desde la mirada construimos un afuera y un adentro y anclamos valores en el afuera y el adentro, como si no fueran instancias constitutivas de lo social sino sociedades distintas.

La trama de estos universos constituye una superposición de habitus que coexisten atravesados por las redes del modelo: lo común, lo mediático, aquello siempre presente en el discurrir de los universos y que los marca de diferente modo y que a la vez es un espacio común donde se articulan. En esta articulación juegan las estrategias en pos de la apropiación o de la conservación: de los bienes materiales y de los bienes simbólicos. Cada universo sigue siendo él mismo desde su cohesión interna, pero a la vez resulta marcado por el modelo o, precisamente, es la lógica del modelo la que no permite un tipo más estrecho de articulación y condiciona a esas capas sociales, a tratar de coexistir ignorándose y cruzarse cuando el cruce es inevitable.

Si bien existe una visión global, es más que nada desde la cultura o lo económico. Pareciera que casi nadie puede ya explicar a la sociedad como una estructura sino más bien como un resultado. No obstante la teoría del funcionalismo sistémico de Luhmann, que disuelve la no-

ción de sujeto actor, deja de lado el tema del poder y se despliega desde un lugar incierto en la enunciación desde la propia teoría —la generalidad sobre los sistemas planteados desde el subsistema de un sistema—, resulta subyugante desde el punto de vista de la descripción de lo social. Las razones quizá podamos encontrarlas en que borra al sujeto del mismo modo que el sujeto como subjetividad, es borrado por la realidad cotidiana.

Así, ¿cómo podría responderse a la pregunta por lo comunitario? ¿Es una estructura, una red institucional, una ligazón, un modo de abrir canales de circulación, un combate? La red estaría configurada por la combinación de aspiraciones, posibilidades y la valoración de aspiraciones y posibilidades desde una representación de éstas y de la totalidad. El sujeto actor aparece abriendo caminos desde un punto donde está situado, que su vez tiene su historia, hacia otro punto donde es posible ir. Esta posibilidad es marcada por la disponibilidad que ofrece, o no ofrece, lo social. En alguna parte, más allá de lo real, se encuentra el lugar de la pura posibilidad, la representación de ese punto ideal de llegada que siempre se nos reserva para mañana. La posibilidad o no de realizarlo es lo que genera, en última instancia, las cuentas pendientes y los desajustes entre la representación del sujeto sobre sí mismo y la posibilidad real que aparece socialmente configurada como ese lugar o ese no lugar querido o reservado o posible de alcanzar.

Dentro de esta idea, el resultado no podría ser tanto una trama articulada para un fin colectivo e inclusivo, donde los miembros puedan promoverse, como un espacio resultante de aquello que es posible obtener dentro de una disponibilidad de posibilidades que se reduce en tanto el modelo es menos inclusivo. Este desfase explicaría en algo la violencia generada por un modelo donde la presencia de aquello a lo que no se puede llegar es cada vez mayor y donde el modelo de solidaridad y de un nosotros, va desmoronándose y perdiendo una suerte de "vigencia moral" dentro de la creencia del colectivo social.

La idea de lo comunitario parece haberse reducido a una representación dada en la intimidad. Paradójicamente, en la aldea global, el único espacio para una relación cara a cara, intercambio cercano y tangible con un otro, es la intersección con el otro más próximo, en el diálogo

concreto y palpable, en una relación que contiene representaciones acerca de las cosas, en la que se articula y alude, en la que —desde el diálogo— aparece la representación de lo otro: lo general, las instituciones, lo que es dable esperar de ellas, o lo que aunque éstas no lo brinden, resulta exigible; las expectativas y las comparaciones. Los pequeños mundos privados de la intersección, la cuadra, la esquina, la escuela, son la adherencia, y lo otro es el condicionamiento que está pero lejos, que no puede tocarse, que marca sin ser marcado, que no devuelve llamadas o huellas humanas. El lugar de la información vertiginosa, las estrellas de los deportes y las visitas de los presidentes. La vasta presencia de lo inaccesible, de aquello que no está marcado por los condicionamientos, de ese enorme mundo que es en realidad otro mundo, una galaxia de juventud eterna donde todo desfila, donde todo se muestra y nada se muestra y que trae otros códigos, otro transcurso, otra legalidad.

Dentro de tendencias mundiales que marcan el proceso de exclusión, entonces, ¿qué papel juegan los universos simbólicos? ¿Hay una significación de lo social que es la vigente? ¿Hay una mixtura de sentidos dados desde la clase y que tienen puntos de intersección? ¿Hay un denominador común o simplemente universos que discurren en un mismo ámbito y comparten algunos símbolos, y en ese caso, cómo son interceptados desde el discurso de los medios? ¿Qué clases de sujeto constituyen los medios?

La vasta red comunicativa de los mass media, impondría una homogeneización de lo que todos recibimos desde la comunicación mediática, el valor de sus figuras, de la información, procesado todo ello por los lugares de los receptores en un proceso de recepción que a su vez, los sitúa en un lugar como sujetos sociales —se constituye a sujetos desde lo económico: actores, excluidos, ciudadanos, no ciudadanos, ciudadanos activos y pasivos: receptores de políticas de clientelismo: todo lo cual lleva al tema de la crisis de representatividad—.

Hay un cruce entre el universo simbólico “social-comunicativo” y el de la recepción, y de este intercambio surgen claves de leer las cosas, de interpretar el mundo, de situarse el lector en algo que es un universo de posibilidades o no posibilidades. Por ejemplo, ver Travel Channel

no es lo mismo para quien intenta reconocer un sitio donde podrá ir que para quien lo ve haciendo zapping o reconociendo la hermosura de lugares inaccesibles.

El mundo de la imagen es así un sentido por sí mismo, un ensamblaje de superficialidades unidas en la secuencia y que alude a algo que por un lado es ajeno y por otro superficial. Indetenible desfile de fragmentos, es acaso el símbolo más palpable de una comunidad desintegrada, de algo que se desangra desde sus símbolos, de una totalidad que nunca podrá volver a unirse.

El discurso económico instauro, en el modelo de exclusión, una designación de realidad social. Impone una jerarquización de bienes y sujetos insertos en los bienes en una trama que es histórica: esos sujetos contruidos desde un modelo no “nocístico” en pos de los bienes o en el lugar de imposibilidad de acceder a los bienes y que a su vez reconocen una historia, una afiliación generacional. Pareciera así que es una relación que se establece no con los otros como significantes sino con los bienes como significantes en un contexto donde es preciso cuidar el lugar obtenido en la sociedad caníbal.

Circular, abrirse paso, sobrevivir, acceder a los bienes de consumo que son cada vez más y con mayores refinamientos. Eso antes que articular una posibilidad de hallazgo de sentido como puesta en escena social de aquello más interno. No es buscar hacia adentro al mismo tiempo que se vive lo exterior como una articulación de ese adentro: es simplemente salvarse y desfilarse como una figura más de un concierto de figuras apresuradas, sin densidad, que finalmente andan sin llegar a ningún lugar que signifique tierra firme. Bienes y circulación no son valores estables ni seguros, son valores vigentes.

El espacio mediático

¿Qué enclave social tienen los medios, qué posibilita su producción de verdad? ¿Son generadores de sentido o unifican el sentido que reciben desde el social colectivo? En ese caso, ¿reciben lo social colectivo desde el cual construyen discurso o simplemente imponen sentido desde un poder: el de su propio lugar hegemónico en el aire?

¿Cómo dan cuenta de la exclusión, la violencia y la muerte: como un espectáculo, como un efecto, como la ausencia de un modelo humano en la sociedad canibalística?

Hay espacios que son recortes: la cocina inmaculada donde alguien arma un plato y que remite a otra isla de paz: en qué momento podremos hacerlo y degustarlo; sueño de un espacio posible donde habremos de saborear ese plato, lejos de toda contingencia.

El espacio mediático es testigo y naturaliza la fisura entre las condiciones que conmueven y enmarcan nuestro mundo privado, nuestra comunidad de relaciones e intereses, el espacio de nuestros diálogos y ese otro orbe donde nada de eso rige: el despilfarro de los programas con premios, la modelo, la estrella, el astro que tiene además de otra atribución —una divina— otra legalidad.

Los noticiarios son ese testimonio, como las redes de noticias que hacen que la noticia valga por sí misma, como el concepto de “acudir a los medios”, ese tribunal celeste sin apelaciones que selecciona su población en base a criterios tan tornadizos y aleatorios como los de la ley. Al horror cotidiano —esperable, por otra parte— sucede la noticia deportiva, ese entrenador, ese jugador, o el partido o el estreno de cine. Se naturaliza el contraste y se naturalizan los frívolos espacios como espacios de habitantes a quienes por el hecho de serlo, se les reconoce un atributo. Esta adjudicación es social: el hecho de que desde el poder de una empresa se construya un espacio que termina siendo verdadero, que termina siendo un espacio investido de otra cualidad temporal, de otros atributos.

La fisura de lo absolutamente permitido con la de lo absolutamente negado. La propaganda de la máquina de hacer abdominales sin hacer abdominales al lado de la muerte en Río de Janeiro —desterrar el esfuerzo y aceptar el espectáculo de la crueldad, el azar, los modelos—. Es como la amalgama de algo que discurre sin ser del todo real y que no nos concierne pues nuestra empresa es la sola subsistencia: el espectáculo y el mensaje del más crudo hedonismo al lado de la más cruda exterminación; el validar el hecho de una selección social que sitúa en el privilegio y hacer de ese privilegio un espectáculo. Así, los medios son la ilusión de participar desde una no participación o desde

algo que nunca tendrá posibilidades de ser una participación. En otras palabras, los medios son el circo romano.

El circo electrónico instaura su propio discurso: pasar los canales, buscar algo, no se sabe qué. No hay densidad, hay algo que siempre está en otro canal y nunca se encuentra: el sentido se establece en este discurrir del collage, un collage de cosas independizadas que corren, que observan desde una informalidad mentirosa. El discurso de la no enunciación que viene de la mano de ese traer otras cosas que de otro modo serían irrecuperables: así, viejas películas que no veíamos desde niños, regresan en ese vértigo, trayendo a ese discurrir vertiginoso, representaciones de nuestro pasado. De algún modo han roto la hebra tan tenue del recuerdo y se han instalado en la red, pero la humanizan, nos dicen que esa enunciación hecha de no enunciación, al menos en un momento instaura algo que tiene un contenido propio e histórico, la remisión a un estado social anterior, la marca o la ruptura con lo otro generacional.

Hay un emisor cambiante y fantasmático: por momentos nos devuelve el pasado, es el dueño de algo perdido y lo prodiga, por momentos elige a “participantes” para regalarle cosas que se han “ganado” —lo cual rompe la idea de meritocracia o la moral del trabajo—. Otras veces suspende programas y otras veces investiga. El espacio de la vida cotidiana es una intersección trabajada por todo aquello que circula y así, ese espacio se impregna de la cualidad fantasmática de la gran empresa, la dueña de destinos. En los espacios de “no realidad”: programas frívolos de reportajes, las cocinas inmaculadas o las estrellas; el espectáculo se hace objetivo, se impone como realidad en sí misma. Precisamente, la realidad creada por lo mediático. Ver cosas, muchas a la vez, sin ver nada y aceptar que el espacio que se provee es en realidad un espacio y naturalizarlo. Así, el mensaje es francamente conservador; programas de investigación cuyo poder de crítica es absorbido por el sistema y forma parte del paisaje cotidiano: uno de los supuestos es precisamente que todo aquello criticado no es posible de revertirse ni cambiarse porque forma parte de la corrupción estructural del poder político; junto con islas de no realidad destinadas a hacer institucional la liviandad y la despolitización.

Resultan además un lugar de disidencia –periodismo de investigación con su atributo de volver real lo que toca e irreal lo que omite en su selección– y también un lugar canibalístico donde se asiste al sacrificio de personas: esos trances en que un “animador” hace sufrir a alguien que llama. La que llama pide la concesión, esa gracia, que le den una entrada o el número de un sorteo. El “animador” la tortura, le dice que no se lo dará. Ella insiste, suplica: ha perdido un día de trabajo para ir hasta allí. El “animador” no cede, la toma en broma, se burla de su trabajo. Ella sigue suplicando y llora. El taxista –que escucha a todo volumen– se ríe. El “animador” es de esos que instauran la informalidad, un “irreverente”. La informalidad televisiva es ese atributo del “comunicador” de hablar siempre de él y burlarse de todo. Hablar sin un eje, sin cultura, desde los últimos sucesos, los más cotidianos de las personas más conocidas.

En realidad, él habita otro mundo sin dramatismo, un mundo delgado y frívolo, donde todo es susceptible, finalmente, de la burla más sarcástica ya que siempre alguien se reirá. La risa televisiva que no es feliz sino una delgada estridencia que surca el aire como una lámina de metal.

Los medios cumplen una misión paradójica: desde su lógica, hilvanan esas órbitas que constituyen lo social y lo hacen precisamente en su atmósfera peculiar de desimplicancia, distanciamiento y frivolidad, pero ubican el referente común y con él un común sentido que no es, precisamente, el sentido común. Son, así, constructores de lo social o, mejor dicho, de sentido en lo social. Generan saberes, espacios, apetencias, grageas de ideología, muestras de ese su poder informal –hacer entrar, rechazar la noticia, crearla, burlarse de ella–.

Pero, ¿cuál es la teoría que los sustenta? ¿Seriamente se constituyen como un testimonio de la época o la cultura, son ese espejo al lado del camino? ¿Se supone que aquello que eligen reflejar es todo, es una mercancía o es lo de mayor significación para el social colectivo? ¿O por el contrario, los espacios son sólo “creaciones” de mentes febriles, directivos o estrellas y desde allí se imponen? Lo cual supone inmediatamente la pregunta por su aceptación: ¿es aceptación, resignación o expresión?

La teoría supone el ámbito de legitimidad: tienen los medios legitimidad o por el contrario, – igual que la Justicia, el Gobierno o las Instituciones– no se expresan nada más que a sí mismos y ejercen sobre lo otro un mero acto de poder que se traduce en imponer su lógica, sus sentidos y la legalidad loca que los envuelve diciendo que tienen una misión y mintiendo que la cumplen porque esa misión es esencial para que sigamos con vida mientras en realidad nos asumen como objetos inertes, suerte de muertos virtuales a quienes se les puede hacer de todo.

Las subespecies narrativas toman las formas de los relatos tradicionales. “La idealización romántica de los cuentos de hadas se parece demasiado a las telenovelas, la fascinación ante los relatos terroríficos no es lejana a la que proponen las crónicas policiales... Las estructuras narrativas del melodrama, del humor negro, la construcción de héroes y antihéroes, los acontecimientos que no copian sino que transgreden el ‘orden natural’ de las cosas, son otras tantas coincidencias que hacen de la llamada cultura masiva la gran competidora del folclor” (Néstor García Canclini “Culturas Híbridas”, Cap. Popular – popularidad). Los hechos son inscriptos en las exigencias de estas subespecies y repartidos en un espacio, con lo cual, se resta entidad al propio fenómeno al rotularlo, disponerlo, ordenarlo en una estructura de relato social en un espectáculo de lo social. Al mismo tiempo, como señala García Canclini, si bien hay permanentemente una apelación a lo popular y a la popularidad –que es el atributo de seres y cosas de ser conocidos y circular masivamente–, lo popular se encuentra construido, subordinado a las reglas. Así, no es lo autóctono, no es lo problemático, no es una cultura soterrada, es la vulgarización y trivialización de ciertos rasgos que terminan por ser aceptados como parte de una cultura hegemónica, que es la propia cultura de los medios.

Marcando esta subordinación, reservando para lo popular rasgos estilizados y trivializados en el comercio, se ejerce un control social en tanto éste es disponibilidad de posibilidades, latencia, acceso a canales por los cuales quienes son aptos pueden llegar y decir su línea. Así, paradójicamente, esa popularidad, ese culto a lo masivo no es otra cosa que selección, restricción, aceptación de lo apto en base a los rasgos adjudicados a cada medio por ese poder que circula, sí, pero que se

detenta y reparte desde la dirección de las agencias y como decisiones de sus cúpulas.

Lo peor de la televisión y lo mejor de la televisión siempre se tocan y entrecruzan. Son una moneda indiscernible: cada lado implica el otro. No es alguien que de pie frente a las cámaras o consultando papeles en un rectángulo que parece un escritorio y no lo es —siempre me pregunté por qué los periodistas necesitan tantos papeles y buscar tanto ordenándolos y desordenándolos, para terminar diciendo tan pocas cosas— sino que son “comunicadores”. Una palabra como de ciencia del lenguaje puesta al servicio de quienes la mayoría de las veces, ni siquiera hablan con corrección. Si es comunicador entonces hace saber, dice cosas que suceden desde un lugar donde nada sucede, donde sucede lo mediático, el espacio de recolección de lo otro, pero no es en realidad un acto de recoger, es un acto de invertir, de presentar y seleccionar. Comunicador es la palabra elegida para aludir —o eludir— a esa supuesta objetividad de las cosas que suceden. Decir después de todo: lo nuestro es un testimonio, en lugar de decir que es una instauración y un reconocimiento.

Flujo de parcialidades prescindibles y distantes, la información instaaura esa conciencia también distante y fragmentada donde la vida es como la de los personajes, algo ficticio y momentáneo imposible de articular en un nosotros. Esta imagen es la propia lógica del modelo. Esta articulación entre la lógica del modelo con la lógica de la imagen es la coherencia entre la incoherencia de lo mostrado y la línea de montaje que lo exhibe. Este juego entre la exhibición y lo exhibido es una apuesta a la vacuidad de lo exhibido pues lo que vale es la pura dinámica de las cosas fluyendo, cosas vacías que no se destinan a una conciencia sino a un espectáculo que finge descansar sobre una conciencia.

Los medios, así, no parecen reconocer sentido tanto como generar un ritual de aceptación que por repetido va generando un espacio, suerte de usina de sentidos, que engloba en otro sentido: la imposición y el flujo de realidad donde no desfilan personas. El inmenso teatro donde todos son actores y donde nada de lo que sucede parece del todo cierto. Esto permite que el horror conviva con los resultados del fútbol.

Trae además un testimonio de la crisis de representatividad: el espectáculo político. Sesiones y legisladores que discurren en un mundo público divorciado de la realidad. A ello se alude al decir, por ejemplo, “El otro país”: el país de quienes no tienen representación porque están excluidos al lado de la nota sobre la falta de quórum porque había un partido importante. Lo político es una escena y sus protagonistas son como el resto de los privilegiados, pero seriamente, no representan a nadie, son lo que está allí, colocado por los aparatos partidarios, y en realidad nadie guía ningún barco a ningún puerto sino que todos, individualmente, procuran llegar a su propio puerto que es la propia escena: el privilegio que los sustrae de la lógica del trabajo y los lleva a la lógica de esa representación no representativa.

El enorme texto electrónico en forma de red abarca desde la implicancia en las necesidades —reales o ficticias— marcadas por la publicidad, el discurso de la meritocracia, la aceptación y el señalar las diferencias. Todo eso en una escena como de números de circo sucediéndose, presentados por alguien, puestos allí por algo y que constituye una retórica que de tan evidente, se hace invisible, con lo cual asistimos a una suerte de naturalización del discurso mediático, que aparece como algo que simplemente da cuenta de las cosas y de lo cual no se puede prescindir.

La imagen tiene el carácter polivalente de ser la fiesta, la transgresión, la información y el dolor: marcar lo extraordinario, la ruptura con la realidad que el mismo medio nos muestra cotidianamente, y situarnos como receptores. La victimización del modelo se expresa en la pasividad de un espectador construido, que jamás reivindicará a la recepción como un acto creador.

Las instituciones como espacios difusos

Los dispositivos institucionales se encuentran dados por una parte con un contenido de estructura, de invariable, y por otra, con comportamientos y oscilaciones en lo que socialmente significan.

Las instituciones son construidas como espacios donde demandar algo que sabemos de antemano que no se conseguirá, mientras al mismo tiempo funcionan, simbólicamente, como una especie de reaseguro de orden social.

Entonces, ¿qué clase de orden custodian? Precisamente aquel que no produce las cosas esperables. Un orden conservador en el cual los dispositivos funcionan como una mecánica de rituales autónomos, al margen del devenir social, y que no asumen a su clientela como a un otro, que reviste un orden de necesidades planteado por la propia configuración social.

Así, discurren este orden paradójico: sus clientes acuden por problemas que obedecen a una ubicación y articulación con lo social. Pero son tratados como objetos problema, es decir, como entidades que producen un problema que se debe atender en una suerte de línea de montaje.

Esta cosificación, de lo otro y del problema, este ubicarlo como una cuestión ajena que sólo concierne al interesado, a quien se tiene la bondad de escuchar, es parte de esa dinámica de vida propia. Todos los aparatos son el campo de concentración o los internados de Goffman pero con las puertas abiertas, ignorando que no tratan aquello que ellos mismos producen en esa, su dinámica esencialmente imperfecta.

Pero si bien es cierto que los dispositivos viven divorciados de la realidad porque generan una propia, la demanda desde la necesidad, los fuerza y exige. Nunca responden a esa exigencia generada ya que a lo único que los enfrenta es a sus propias limitaciones y al hecho descarnado de que no están para solucionar contingencias sino para generarlas: para generar un orden de realidad al cual se insertan cuestiones problemáticas en sí pero a las cuales el dispositivo asume como otra índole de problemas desde sus propios códigos.

Pero sin perjuicio de eso, para el colectivo social, las instituciones no significan lo mismo siempre. La necesidad las expande en el imaginario, convirtiéndolas en ese lugar que debería hacer esto o lo otro. Ello nos lleva a otra cuestión, los límites difusos: dónde se delimita su campo. Dónde empieza. Dónde acaba y lo que está en la "Twilight zone", qué. Qué hay de aquellas necesidades apremiantes que caen en los bordes y que deben ser rápidamente resueltas desde un mostrador que siempre es otro mostrador, o desde una lentitud que no se compadece con la urgencia de la demanda.

Los clientes institucionales son los estratos degradados, no ciudadanizados, o con una ciudadanía de segunda. A ellos es factible decirles no, que vuelvan mañana, que hay que esperar porque estas cosas son así. Los restantes, van directamente a hablar con el jefe y no figuran en los libros de registro.

La relación de lo simbólico juega así en estas representaciones que desde el colectivo social, los aparatos deberían tener. Aparecen entonces como esos lugares donde las personas se imaginan que pueden acudir y en esa apelación se los refunda, se los despoja de sus cualidades —¿cualidades?— reales para asumirlos con referencia a aquello que idealmente debería ser su finalidad. Las apelaciones desde la urgencia son modos de refundar el mandato instituyente y descubrir las zonas de intemperie que dejan los dispositivos en esta, su inhumana configuración, aquella que sólo los hace esos recintos fortificados en pos de su propia perpetuación.

Circulación

Si lo social es un ruedo y un combate metafórico, tanto las calles como los lugares de encuentro, aparecen marcados por la violencia, la pugna por el espacio de los otros y la velocidad.

En una época las calles fueron de durmientes de quebracho y, vistas desde los balcones, semejaban un parquet. Esta idea de las calles como la prolongación de lo que está adentro nos trae un sentido intimista de la circulación y también la idea de que las calles son la expectativa de algo, precisamente de los lugares donde nos proponemos ir. Las calles como un espacio abierto a la esperanza, a lo que aguarda para ser descubierto, a saborear la distancia entre el punto de lo que está aquí, con el de aquello por llegar y así, traen también una idea de detenimiento y de construir lo urbano como un acto de ese detenimiento. Pero para eso debe existir una expectativa, la representación de un lugar deseado y posible, el contemplativo sentido de viaje. La visión idílica de esa calle de maderas nobles es la idea de ese mundo de detenimiento donde hay un sentido que va más allá del propio hecho de circular. Lleva ínsita además, la idea de un tiempo asociado a

las distancias, de la calle como un gran living al que "sólo le faltaba el techo".

Si el sentido es comunitario, las vías de circulación geográfica deberían significar una posibilidad, precisamente la de acceso palpable a los sentidos, el hecho de ese camino por el cual se llega a los lugares, a los mojones urbanos, a las usinas que hacen posible que las cosas se concreten.

Pero las calles no son eso. Si tomamos por ejemplo el cuento "El pozo y el péndulo", hay la acechanza del recinto, la expectativa de esa profundidad que se abre y es riesgosa, que tiene que ver con la mecánica del cuento. La calle también es como la acechanza pero de un recinto que es una red donde los vectores son impredecibles, donde pasan cosas marcadas por una legalidad tan irracional como inescrutable. Tienen asociada otra idea: que los mecanismos institucionales que las controlan, son inútiles y tienen una vigencia sólo formal, centrados en una idea represiva y estática del castigo infraccional.

La calle es así una tierra de nadie donde sólo pueden pasar cosas malas, porque en esta ausencia de representación de un lugar desde donde partir y un lugar adonde llegar está precisamente el sinsentido que se constituye como otro sentido, el de que la calle es esa arena donde se renueva un combate simbólico. Se trata, precisamente, del combate que es representación de ese otro combate frente a un enemigo impalpable, en una comunidad no comunitaria y con un sentido que es el sin sentido. El combate de una sociedad no asociada regida por las tornadizas migraciones del capital que en las alturas, manejan corporaciones y sacerdotes inescrutables.

Así, la sociedad no se abre a espacios sino que se cierra sobre espacios: los ámbitos privados y restringidos. La calle deviene en un lugar que no es un lugar porque no une con nada. En todo caso, es un espacio de intemperie, símbolo de un Estado que ha retrocedido, de la ausencia de algo que vaya más allá de la vivencia de un sentido de desimplicación y desierto. La violencia urbana impone el apuro y la predominancia sobre la seguridad de los otros con lo cual, simbólicamente, impone no un sentido de vida sino de negación: avanzar sobre el otro, pasar antes, impedirle que doble o cruce, ir a velocidades peligrosas, complacerse

con ese riesgo que es originado a los demás, con ese humilde imperio que hace a otro recular. Son síntomas demasiado presentes para que no signifiquen nada. En todo caso nos dicen que el encuentro no es posible o que no interesa el encuentro o que no hay nada que encontrar. Las calles, así, devuelven a la idea de un no proyecto, de un apuro cotidiano, de la inútil necesidad de estar a tiempo en un lugar sólo para no ser superados por el que viene después y que podría quitarnos ese lugar. Las calles, entonces, son la metáfora de esa complejización, de ese acelerar y poner a la propia gestión por sobre la trama del resto de las otras gestiones: las del prójimo. La calle borra la idea de prójimo y devuelve a un antiguo combate que es además inútil. Se impone además la idea de que las reglas —cuya misión es precisamente el hacer circular el nosotros en sus manifestaciones más concretas y posibilitar así la convivencia— ceden ante el imperativo de transgredir, de ignorar, de poner por encima el peligro y el propio apuro antes que el respeto, que es otro símbolo, el de que el otro es un otro y que lo otro es un significado que resulta a la vez nuestro.

Así, hay nociones que se distorsionan como el pensar, por ejemplo, que un auto es un elemento peligroso, que, al igual que cualquier nave, requiere preparación y cuidados su manejo, su conservación. Se naturaliza el hecho de operarlos en esas velocidades de riesgo, sin saber las otras circunstancias, las relativas a su control, sus distancias de frenado, su amplitud de giro y más que nada, la peligrosa inutilidad de esas velocidades —bastaría salir antes para poder ir más despacio—. Un avión, por ejemplo, requiere conocer la velocidad del viento, el factor peso en el giro, la altura, hacer que ese conocimiento intuitivo se rescate y opere desde un conocimiento empírico. Pero la conducción de los autos está marcada por la ignorancia, vale decir, por el no valorar de por sí, el hecho de conducirlos y que quien los maneja se encuentra habilitado para cualquier maniobra. Dan la sensación, así, de un poder peligroso pero controlable, la ilusión de ejercer ese poder y volver a través de él, a las sensaciones de un mundo salvaje en una sociedad canibalizada donde más que de otros significativos, se habla de víctimas, volviéndose un espacio que acepta y promueve la ruptura de los lazos comunicativos y solidarios, de la corrección al mismo tiempo que trae ese otro imperativo de anteponerse al otro a cualquier precio.

“Mi búsqueda en pos de la realidad”

“De niño, viví en una granja en las lomas onduladas en el oeste del estado de Tenesee. Mis padres y mi madre eran buena gente, asistían a la iglesia y amaban a sus muchachos... En nuestro vecindario había contrabandistas y hombres endurecidos... pero no había ateos... Cuando yo tenía 13 años de edad, asistí a un servicio de avivamiento bajo un techo de barda... Cuando llegué a los 17 años me incorporé a la institución gubernamental llamada ‘Civilian Conservation Corps’... Yo había estado buscando a Dios, orando siempre que asistiera al servicio de Klamath Falls... Sí, yo tengo gratos recuerdos de esos tiernos días de mi experiencia en la vida.”.

Desde el discurso religioso llega otra globalidad que hace que en una calle del tercer mundo, alguien nos entregue el folleto con la vida de un predicador de Tenesee.

Ya no es sólo la cruda realidad cotidiana y el discurso del managment, es algo, un más allá que también involucra a otra aldea global. La involucra en una aceptación y un orden con resonancias de cosa justa y mágica donde nos está reservada una índole de lo real y lo mismo da que la revelación sea aquí o en Tenesee —todos somos hermanos, aunque estemos lejos, físicamente, ya que la verdadera distancia es otra—.

Entonces, el discurso “teológico” de reivindicación, ¿se instala por sí o es descubierto? ¿Cuál es el lugar en que opera la convocatoria: un sentido nuevo que es otra estrategia de sobrevivir, sólo que esta vez espiritual; la asunción de un lugar en una estructura que es la estructura de lo otro y no la de este otro sentido fragmentario de un más acá donde el lugar es incierto, azaroso y anónimo? ¿Qué instancias se mueven en esa aceptación que es una misión y una renuncia: a la historia y al sentido de lo previo?

Hay una idea de lo debido, de orden, de lo criminal y lo ateo —es peor ser ateo ya que al menos el criminal tiene rastros de hombre y puede redimirse—. Los viejos días de perdición son sin embargo tiernos, se puede ser humilde y ser buena gente, el llamado tiene que ver con el

Civilian Corps y el carácter de elegido con esa militancia en un orden. El discurso constituye un prejuicio sobre la pobreza, la humildad, la vagancia, las creencias o no creencias. El discurso constituye también un pasado: la historia del reverendo, significada a partir de la asociación con Dios, como un camino, un hito. En lo más allá del texto, hermana ese pasado con el del lector, cuyas experiencias del barrio, aparecen como similares a las del reverendo. Sólo que el reverendo les adjudicó un significado al hacer una cita con Dios a la que él supone que Dios acudió. Así, hay un discurrir inescrutable al cual accede el portador del misterio para venir a decirnos sí, es posible, pero se necesita una moral puritana y rígida y ofrendar el sacrificio de la propia libertad. Después de todo, para qué sirve la libertad en el mundo de la flexibilización: así es que, ya que la libertad no juega, es necesario usarla como ofrenda, y esa ofrenda será una entrada a esa otra realidad suprarreal del cielo, donde todos los designios pueden al fin, leerse. De tanto no ser nadie, de tanto esperar algo que no llega nunca, qué mejor que hipotecar esa libertad y obtener una trascendencia a cambio, un orden, una disciplina y un cielo.

Los axiomas: una brújula de navegación

Atravesar lo social es seguir el espacio de sus redes. No son redes de ayuda. Son redes de información, de circuitos económicos, de símbolos distantes. Vamos por las vías de lo social llevados por la dinámica de lo que nos empuja.

Pero, ¿qué sucede ante el colapso, cuando la vía se rompe o desborda, cuando sobreviene una crisis que nos saca de la circulación del modelo? ¿A qué apelamos ante el naufragio de una situación límite?, ¿a qué saberes, a qué respuestas?

Aparecen así los axiomas que reflejan ya sea la mecánica de las cosas, como otro lugar que está por encima de ellas: hay que tener confianza/ todo va a salir bien/ tengo la conciencia tranquila/ o por el contrario: el hilo se corta por lo más delgado/ siempre llevará las de perder/ tienen mucho poder...

En los peores momentos, cuando no hay nada donde asirse, ninguna certeza, ninguna posibilidad que no sea la existencia en sí misma, terminamos reivindicando el saber de los dichos y buscando en una sabiduría implícita, ancestral, irracional. Buscamos cualquier cosa, un asidero, un sentido, una mínima posibilidad de sobrevivir, alguna herramienta que la cultura dejó enterrada bajo lo real y que como tal, es implícita. Necesitamos creer en ella. Los dichos se vuelven, así, misteriosos, indudables, una suerte de arte de adivinación pero capaces de dar respuestas que, aunque vagas, resulten confiables.

En un espacio donde las direcciones se han borrado, sólo sobrevive esa sentencia que aparece como un axioma, un lejano punto de referencia y un sitio a donde llegar. Pero, ¿qué son estas certezas, qué representación las pronuncia: la conciencia de un nosotros perdido, los recuerdos de ese otro mundo moral anterior al modelo de la exclusión; son deseos del colectivo social o memorias de un inconsciente colectivo que sobrevivió a la caída del Estado de bienestar? De dónde vienen estos salvavidas del habla: del habitus, de la memoria de la especie?

Todos tienen en común algo: que deben funcionar en un nosotros ya que indican una articulación con el resto. Se enclavan en una zona de valoración moral, o sea, relativa a la costumbre, y se encuentran despojados del accidente o más bien, más allá del accidente. Desafían la contingencia, como si hubieran sobrevivido a un colapso anterior y vinieran a decirnos, desde su inmovilidad verbal, que obedecen a una legalidad más permanente. Tienen un valor oracular y a la vez implican una suerte de poder de adivinación: sobrevivirán para decir lo mismo a algún otro ser del remoto futuro.

No obstante, son las visiones de un deseo, la construcción de un invariable en el mar de una relatividad donde se sabe que la red de instituciones no se encuentra dada para garantizar sino que produce desde una legalidad loca. Produce realidad social, desigualdad, la supremacía de discursos que los saberes intuitivos están destinados a romper. El discurso de apelación a los dichos, precisamente implica la puesta entre paréntesis de los otros discursos que están generando realidad. Una puesta entre paréntesis que si bien no puede anular los efectos del poder de esos discursos, sí al menos los enjuicia desde otro estado pre-

racional e invariable. No es poder de suprimir actos injustos, pero sí el de darles otro marco verbal, de mitigar sus efectos en el hallazgo de otro sentido, un sentido previo, históricamente anterior.

Ante el colapso sobreviene entonces la sabiduría de los dichos y la pregunta sobre si creemos en ellos se torna inevitable —y con ella la apelación a lo irracional, o sea, la ruptura de lo racional que, al admitir esa ruptura, demuestra o que no era tan racional o que la racionalidad no significa nada—. Luego de ella aparece el axioma que se aplica a esa situación pero vista desde el deseo. Esta sentencia es, frecuentemente, el único y delgado hilo que nos une a una esperanza. No es posible explicarla ni rebatirla, ni saber cuándo surtirá efectos, incluso, a veces las inventamos en el momento: es un espacio en que una atávica permanencia a la especie nos liga a ella en lo que tiene de más ancestral y permanente, en la propia raíz de su cultura. Pareciera que existe un orden inmemorial donde discurren relaciones sociales planteadas desde el poder. Se admiten así ciertas señales que funcionan reivindicando ese espacio anterior, borrando de algún modo las huellas de esa otra relatividad en algo que se asemeja a la lectura de los auspicios en las culturas antiguas.

Dónde se encuentra esa zona de lo verbal más que en el nacimiento de lo verbal que se asocia así, a lo impronunciado, que nos remite a un saber intuitivo y anterior. Una zona que al fin, desde la magia y el conjuro, tiene ese otro poder de decirnos la palabra de aliento esperada, porque por más que la realidad sea terrible, esa voz nos dirá siempre que debemos seguir y nos dará ese aliento que no es ni más ni menos que el ancestral poder de supervivencia de la especie.

Bibliografía citada

1. BOURDIEU, Pierre. Cosas dichas. Alianza. 1990.
2. FRANKL, Viktor. El hombre en busca de sentido. Herder. 1997.
3. GARCÍA AMADO, Juan Antonio. La Filosofía del derecho de Habermas y Luhman. Universidad del externado de Colombia. 1996.
4. GARCÍA CANCLINI, Néstor. Culturas Híbridas - Edit. Sudamericana. 1992.
5. GRASSI, Estela. Las Cosas del Poder - Espacio Editorial. 1996.
6. GRILLO, Oscar - LACARRIEU, Mónica - RAGGIO, Liliana. Políticas sociales y estrategias habitacionales. Espacio Editorial. 1995.
7. MARGULIS, Mario. La Juventud es más que una palabra. Edit. Biblos. 1996.
8. PAVARINI, Massimo - PEGORARO, Juan. El control social en el fin de siglo. Grupo Edit. Norma. 1996.
9. VILLARREAL Juan. La exclusión social. Grupo Editorial Norma. 1996.



“Al público no le importa para nada saber si el combate es falseado o no, y tiene razón, se confía a la primera virtud del espectáculo, la de abolir todo móvil y toda consecuencia: lo que importa no es lo que se cree, sino lo que se ve ... la función del luchador de catch no consiste en ganar, sino en realizar exactamente los gestos que se esperan de él.” (Roland Barthes)

Introducción

Las manifestaciones de las sociedades humanas presentan tal nivel de complejidad, que se requiere de distintas disciplinas para dar cuenta de un fenómeno de tal difícil aprehensión.

A pesar de que las ciencias sociales han desarrollado buena parte de su trabajo en este siglo para poder explicarlos, quedan aún muchos puntos oscuros por develar.